

La difícil posguerra europea tras la Primera Guerra Mundial

The difficult European post war period after the First World War

Dr. Guillermo de LEÓN LÁZARO
Real Centro Universitario
“Escorial-María Cristina”
San Lorenzo del Escorial

Resumen: La brusca transformación de una economía de guerra en una economía de paz siempre trae consigo dificultades, que afectan sobre todo a los obreros. Paralizada la producción de armamento, la industria pesada debe cerrar muchas de sus fábricas y despedir a centenares de trabajadores. Al mismo tiempo, los soldados desmovilizados, apartados de sus antiguos empleos, inundan masivamente el mercado de trabajo.

Abstract: The sudden transformation of an economy of war in an economy of peace always brings with it difficulties that affect especially the workers. Paralyzed the production of armament, the heavy industry must close many of his factories and dismiss hundreds of workers. At the same time, the soldiers demobilized, separated of his former employments flood massively the labor market.

Palabras clave: Economía; Guerra; Obreros; Soldados; Industria pesada.

Keywords: Economy; War; Workers; Soldiers; Heavy industry.

Sumario:

- I. Introducción.**
- II. Los herederos de Jaurés.**
- III. “Fair play” británico.**
- IV. Rosas de amor dannunzianas.**

V. La nueva Alemania.

VI. El Comintern.

VII. Conclusión.

VIII. Bibliografía.

Recibido: noviembre 2014.

Aceptado: enero 2015.

I. INTRODUCCIÓN

El día primero de mayo de 1919, a los seis meses de terminada guerra, cuando los burgueses de toda Europa aún estaban celebrando el glorioso advenimiento de la paz, un periódico socialista francés, *L'Humanité* sorprendía a sus lectores con un extraño pero expresivo dibujo: en la primera página, bajo el título "*La paix qui vient*" ("La paz que viene"), podía verse a un grupo de obreros, hombres, mujeres y niños perplejos ante el sórdido espectáculo de una vieja harapienta, con muletas y casco militar -la guerra terminaba-, que les enseñaba, como símbolo de la paz, una misérrima paloma, medio desplumada, diminuta y fea. Al pie del grabado, podía leerse el siguiente comentario: "¡Era tan bella desde lejos Durante la guerra!".

Nada habría podido reflejar mejor, con más sentido y expresividad, el desencanto de los obreros europeos ante la paz de 1918, aquella paz tan deseada, que de pronto les mostraba un mundo en ruinas lleno de viudas y huérfanos, mutilados y locos, soldados desmovilizados sin posibilidad de encontrar trabajo, fábricas cerradas y obreros despedidos, falta de viviendas, escasez de alimentos, salarios irrisorios, etc.

Pero en aquella difícil posguerra iniciada en 1919, no solo hubo problemas materiales para los trabajadores. La paz hizo aflorar también conflictos ideológicos -nacidos durante la guerra, pero mantenidos en sordina mientras rugían los cañones-, que acabaron escindiendo y debilitando todas las organizaciones obreras; en especial, las más importantes -los partidos y los sindicatos socialistas- aparecen claramente divididas por cuestiones ideológicas que nacen con la guerra y que, en cierto modo, acaban superponiéndose: internacionalismo-nacionalismo y comunismo-anticomunismo.

Este esquema probablemente es válido para facilitar la comprensión del movimiento obrero, durante los años 1919-1921, en tres de los países europeos más importantes por el número y por la calidad de su proletariado: Francia, Gran Bretaña e Italia.

II. LOS HEREDEROS DE JAURÉS

En Francia la agitación social se produjo según el esquema que acabamos de mencionar: pugna entre nacionalistas e internacionalistas durante la

guerra y enfrentamiento entre comunistas y anticomunistas a partir de 1918. Las causas de la escisión socialista fueron aproximadamente las mismas que en Alemania.

Asesinado en julio de 1914 Jean Jaurés -el jefe socialista francés que había dicho “si bien el socialismo y la patria son en este momento inseparables, quede bien claro que, para un socialista, la patria no es un valor absoluto ni un fin supremo”-, las masas obreras de su país, desorientadas, sin clara conciencia de su misión, se lanzaron a la guerra, dispuestas a aplastar al secular enemigo de su raza: el “boche”, el “verdugo alemán”.

Tardaron en comprender que en los frentes del Marne y de Verdún lo único que hacían era matar a obreros, tan inocentes y engañados como ellos mismos. Ciertamente algunos de sus antiguos jefes -Guesde y Albert Thomas, por ejemplo- formaban parte del Gobierno, y que para ellos habría sido un delito imperdonable bajar las armas frente al enemigo. Pero entre los antiguos militantes de la S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera) fue tomando cuerpo la idea de una paz negociada.

En la conferencia internacional de Zimmerwald, en septiembre de 1915, intervinieron delegados franceses (Merrheim y Burderon) y lo mismo en la de Kienthal, en abril del año siguiente (Blanc, Brizon y Dugens). En ambas ocasiones, se publicaron manifiestos pidiendo una paz inmediata sin anexiones territoriales ni reparaciones económicas por parte de ninguna de las naciones beligerantes. Pero aún hervían las pasiones y la capacidad de violencia no estaba agotada. Los congresos no dieron el menor resultado y la guerra continuó, sorda, ciega e implacable, hasta noviembre de 1918.

Entretanto, se produce la Revolución rusa y los bolcheviques se afianzan en el poder. Al abandonar la lucha, Rusia deja de ser aliada militar de Francia. Doble motivo de pesar para los nacionalistas franceses: triunfa el revolucionario Lenin, y Alemania, aseguradas las espaldas por el Tratado de Brest Litovsk, puede usar todas sus fuerzas en el frente occidental.

Pero, a pesar de la defección rusa, los alemanes no logran romper los baluartes franceses. Los aliados acaban por imponerse y llega la paz. Surge, entre la euforia del triunfo, una nueva tentación: ¿por qué no dirigirse ahora contra el foco infeccioso de Oriente, contra los antiguos aliados que traicionaron a las democracias, contra la Rusia soviética?

En este momento, la división entre los socialistas europeos es radical. Unos aceptan la intervención de las democracias en la guerra civil rusa, para

apoyar a las antiguas clases expoliadas. Otros, entusiasmados por el éxito de la minoría bolchevique, escriben mensajes de adhesión a Lenin y protestan contra el envío de armas a los “blancos”. El gran vencedor de la guerra, el viejo Clemenceau, seguirá, aunque por poco tiempo, al frente del Gobierno francés. Bajo la tutela del “Tigre”, la derecha francesa organiza una campaña destinada a crear una imagen terrorífica de la Revolución Rusa: lanza eslóganes intencionados y hace aparecer, en pasquines y periódicos, la efigie de un horrible bandido con un puñal entre los dientes: Quiere ser el símbolo de la Rusia soviética: las manos libres para escalar los riscos, y el puñal, medio oculto en la boca, presto para asestar el golpe mortal.

Pero el efecto deseado no se produce. El socialismo parlamentario sufre ahora dos reveses: uno político, en las elecciones de noviembre de 1919, y otro económico, con la fallida huelga de mayo de 1920. Estos fracasos radicalizan la postura de muchos obreros franceses, que dejan de creer en las soluciones democráticas. Cachin y Frossard, representantes de un amplio sector laboral francés, van a Moscú. El comunismo gana adeptos, y el viejo partido socialista queda definitivamente escindido: más a la derecha que nunca, la socialdemocracia con Millerand, Bracke, Sembat, Renaudel y el propio Leon Blum, para quien Francia aún no está madura para la revolución. En una izquierda extrema y desafiada, Loriot, Monatte y Frossard.

El Congreso socialista de Tours, en diciembre de 1920, no puede restañar las heridas. La túnica está rota y el cuerpo sangra por todas partes. Se ha constituido un partido comunista que pronto llega a tener más de 130.000 afiliados. En el antiguo partido socialista quedan apenas 30.000 miembros.

III. “FAIR PLAY” BRITÁNICO

En el Reino Unido, durante la guerra, el joven *Labour Party*, representante político de los sindicatos, participó en el Gobierno de coalición creado bajo la égida de Lloyd George. Como en otras ocasiones, el discreto pero eficaz nacionalismo británico respondió a la amenaza exterior con una fervorosa concentración de fuerzas.

Frente a la Revolución Bolchevique, el tradicional “juego limpio” británico -representado en esta ocasión por la actitud de la clase obrera- se puso de manifiesto una vez más. En el verano de 1920, un Gobierno conservador se disponía a intervenir en la guerra ruso-polaca. Los franceses acababan de enviar al general Weygand para ayudar a la burguesía de Polonia. Los reaccionarios de toda Europa soñaban con la invasión de la U.R.S.S. realizada por los polacos y

pedían el envío de armas y soldados para acelerar el desenlace en aquel frente. En Gran Bretaña, los bolcheviques solo contaban con la simpatía de algunos sindicatos. Pero éstos actuaron prestamente y con eficacia para evitar la extensión del conflicto y la injerencia de su Gobierno en los asuntos internos de otro país.

Comenzaron por recomendar a los estibadores que se negaran a cargar el buque *Jolly George*, fletado para llevar armas a Polonia. Luego organizaron una campaña a escala nacional destinada a movilizar la opinión pública en contra del Gobierno. El primer ministro Lloyd George, ante la actitud resuelta de los trabajadores, hubo de declarar solemnemente que jamás había tenido la idea de hacer la guerra a Rusia y que no intentaría enviar jamás armas a Polonia.

Sin embargo, estos mismos trabajadores, después de paralizar una acción militar antisoviética, se mostraron totalmente reacios a implantar el comunismo en su país.

Cuando más cerca estuvo Gran Bretaña de una revolución social fue tal vez en la primavera de 1921. Con la alianza de los sindicatos mineros, ferroviarios y transportistas, pareció que iba a producirse una huelga general de vastas repercusiones económicas y políticas. Pero no sucedió nada. El viernes, 15 de abril de 1921, después de unos días agitados e inciertos, se manifestó claramente la voluntad reformista -no revolucionaria- del proletariado británico. Ferroviarios y transportistas volvieron al trabajo y la repetición del “noviembre ruso” quedó en agua de borrajas.

Como ha dicho certeramente Jacques Droz: “Para la mayoría de los laboristas ingleses, el socialismo no iba ligado a la idea de la lucha de clases, sino a las exigencias de la fraternidad humana y de un cierto humanitarismo cristiano; en realidad, debía más a Owen que a Marx”.

IV. “ROSAS DE AMOR DANNUNZIANAS”

Italia, que formaba parte de las naciones vencedoras en 1918, no obtuvo en las negociaciones de la paz las ventajas que creía merecer. La ciudad de Fiume (hoy Rijeka) fue asignada a Yugoslavia, y Gaetano Rapagneta (nombre auténtico del poeta y aventurero Gabriele D’Annunzio) logró conquistarla para Italia con un puñado de voluntarios, tan temerarios como él, en una acción teatral y famosa que el Gobierno de su propio país desaprobó.

Los italianos sufrieron intensamente las dificultades económicas de la posguerra. Allí brotaron anarquistas y toda laya de socialistas. Se escucharon

protestas y se presenciaron huelgas. Hubo, a partir de agosto de 1920, ocupación de fábricas en el Norte y apropiación de tierras en el Sur. Los ecos de la Revolución Rusa habían llegado con absoluta nitidez.

Pero al malestar económico y al ejemplo bolchevique, el nuevo Estado de Víctor Manuel III pudo oponer, con fortuna, el dique del sentimiento nacional. Reunificada hacía menos de cincuenta años, con la típica egolatría de las naciones jóvenes, Italia estaba tan orgullosa de su independencia que no quería saber nada de la “revolución mundial y permanente”. D’Annunzio hablaba de una “rosa de amor” en lugar del “cardo bolchevique”. Esta metáfora descabellada resultó eficaz. Rosas de amor italiano, despliegue de banderas patrióticas, sueños de imperio, etc. Los jefes socialistas, Turati, Serrati, Bordiga, Gramsci, Pietro Nenni, incluso el moderado Matteotti -futura víctima del fascismo-, no podían ofrecer señuelos tan atractivos.

Entretanto, Benito Mussolini antiguo director de *Avanti*, socialista marginado y lleno de despecho, había fundado los *Fasci di Combattimento*: con los ojos puestos en Roma, se desgañita en Nápoles y ya se hace llamar Duce.

V. LA NUEVA ALEMANIA

Cuando Alemania se derrumbó, en noviembre de 1918, había quienes esperaban cambios revolucionarios en su estructura social: Iban a quedar defraudados. La “revolución alemana” fracasó y los dirigentes socialistas que entraron a formar parte del Gobierno terminaron por encontrarse en manos de los militares.

Según los manuales de historia, en noviembre de 1918 tuvo lugar una revolución en Alemania. En verdad, durante aquel periodo hubo un turbulento cambio de Gobierno y rumores de revolución por todas partes, pero, una vez posado el polvo, pronto pudo verse que muy poca cosa había cambiado realmente. La llamada “Revolución de Noviembre”, fue, por lo demás, un asunto tan extraordinariamente embarullado y confuso que es difícilísimo ofrecer un adecuado esbozo del curso de los acontecimientos.

Los que aparecían como directores de la revolución, los socialistas de la mayoría (M.S.P.D.), habían estado ya en el Gobierno. Se presentó así la curiosa situación de que los que deseaban la revolución no la hacían, mientras que los que la hacían no la deseaban. Hasta cierto punto, la “revolución” de noviembre de 1918 fue poco más que un accidente histórico, debido en gran parte a la terquedad del Káiser, que durante demasiado tiempo se negó a abdicar (en vez de salvar la monarquía despejando el camino hacia una paz pronta y muy favorable). Hasta el

9 de noviembre ninguna fuerza política de Alemania, a excepción de la extrema izquierda, pensaba seriamente en abolir la monarquía. Los conservadores permanecían adheridos a ésta por razones de conveniencia política y social. Con las reformas constitucionales de octubre de 1918 la clase media había obtenido más de lo que necesitaba un Gobierno parlamentario bajo una corona despojada de sus poderes tradicionales. Después, del Káiser, la clave del futuro político alemán estaba en manos de la clase obrera y sus dirigentes, la mayoría de los cuales eran socialistas de uno y otro tipo. En teoría, estaban a favor de la República, pero solamente los radicales querían hacer algo por conseguirla.

En noviembre de 1918, el estado del movimiento socialista en Alemania era caótico. La decisión de apoyar la guerra (4 de agosto de 1914), y la gran duración de ésta, habían destruido la famosa unidad del S.P.D., su disciplina y su fuerza de los días más felices de antes de la guerra. Desde abril de 1917, el S.P.D. estuvo formalmente dividido en dos partidos políticos. La mayoría (M.S.P.D.), que comprendía aproximadamente la derecha y el centro, bajo la dirección de Fritz Ebert, y la minoría que constituía el Partido Socialdemócrata Independiente (U.S.P.D.). Dentro del U.S.P.D. había un grupo (los “espartaquistas”), dirigido por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, que formaban prácticamente un partido de izquierda propio (el embrión del futuro partido comunista).

Aunque en octubre de 1918 había sido establecido el constitucionalismo parlamentario, no había cambiado mucho la vida cotidiana, en la que seguía predominando el elemento militar. Así, la participación del M.S.P.D. en el gobierno del Reich no fue suficientemente incisiva en las pocas semanas que precedieron a la “revolución”. Los primeros síntomas de desmoralización y disolución se hicieron visibles en vísperas de la derrota. Más que nunca urgía la necesidad de debatir públicamente los temas de la guerra y de la paz.

Se aflojó la presión de los militares cuando se declaró una amnistía para los prisioneros políticos y el 21 de octubre Liebknecht fue puesto en libertad. Este llegó a Berlín dos días después, y quedó impresionado por la falta de preparación de las fuerzas revolucionarias.

Había solo dos reductos locales, relativamente fuertes, representados por otros dos grupos, los radicales de izquierda de Bremen y los obreros revolucionarios de Berlín. El movimiento de Berlín era el más importante, porque controlaba amplios sectores de la industria metalúrgica y de armamentos, y, desde luego, porque en Berlín se encontraba la sede del Gobierno central. Después de su regreso a Berlín, Liebknecht estableció contacto con dicho grupo. En una primera reunión, se discutieron los pasos a dar en el futuro: se descartó, porque era demasiado pronto, la fecha del 4 de noviembre para declarar una huelga

general. Se eligió la fecha del 11 de noviembre, con dos días, según se comprobó más tarde, respecto a los acontecimientos reales. Los pobres revolucionarios de Berlín fueron completamente cogidos por sorpresa por su propia “revolución”.

En octubre de 1918, el Alto Mando alemán había dudado entre admitir la derrota o hacer un llamamiento a favor de una última y desesperada resistencia para salvar “el honor del Ejército”, aunque con semejante táctica no podía lograr que los soldados se mostraran más dispuestos a morir por una causa abiertamente perdida, en un momento en que el final de la guerra estaba ya a la vista. Cuando el 24 de octubre Ludendorff, cubriéndose con la firma de Hindenburg, exhortó al ejército a que se dispusiera a “resistir a ultranza”, provocó su propia destitución, que sobrevino dos días más tarde. Pero, con ese mismo espíritu, también el Alto Mando de la Marina había planeado una última batalla naval que salvase el honor de la flota. Fue precisamente esta decisión la que desencadenó el estallido revolucionario.

Los días 29 y 30 de octubre numerosos marineros se negaron a obedecer las ordenes y sabotearon los preparativos técnicos para la salida de la flota de Wilhelmshaven. El Alto Mando de la Marina tuvo que renunciar a sus planes, pero, gracias a las severas medidas represivas tomadas por los almirantes, que ordenaron la dispersión de la Flota, el motín se propagó rápidamente a otros puertos. El movimiento alcanzó pronto dimensiones políticas cuando, el 4 de noviembre, llegó hasta Kiel, puerto clave y sede de una importante guarnición.

Desde esta ciudad, el fermento revolucionario fue rápidamente difundido por marineros en permiso, que regresaban a sus casas por ferrocarril. El 7 de noviembre la monarquía se derrumbó en Múnich, cuando Kurt Eisner, el dirigente del U.S.P.D. local, organizó una colosal manifestación popular por toda la ciudad y el amotinamiento de los soldados en sus cuarteles.

Después de Kiel, los acontecimientos decisivos fueron los de Múnich: a partir de entonces se instituyeron en toda Alemania Consejos de obreros y soldados. Berlín vino en último lugar, el 9 de noviembre.

El 9 de noviembre, la población de Berlín estaba excitada y nerviosa. Al no haber noticias de la abdicación del Káiser, los ministros del M.S.P.D. dimitieron, precipitando así una crisis del Gobierno imperial. El último canciller imperial, el príncipe Max von Baden, profundamente alarmado por la situación, hizo dos cosas: al negarse el Káiser a renunciar al trono, proclamó, por propia iniciativa, la abdicación del soberano; seguidamente dimitió a su vez, y entregó el cargo a Ebert. A continuación, Scheideman proclamó la República desde una ventana del Reichstag.

Hoy día resulta fácil ver el poco alcance de los cambios que tuvieron lugar en Alemania en noviembre de 1918, pero hay que reconocer que, si bien los turbulentos acontecimientos de principios de noviembre no eran todavía la revolución, sí crearon una situación a partir de la cual podía haberse dado una revolución genuina.

Los objetivos a corto plazo consistían en estrangular el movimiento de los Consejos de obreros y soldados, que pretendían ser la fuente de legitimidad revolucionaria en la nueva Alemania, y reunir una Asamblea Nacional Constituyente, lo que significaba, de hecho, la conservación del orden social existente. El 15 de noviembre los industriales concluyeron con los sindicatos un acuerdo por el cual se concedía a éstos algunas prerrogativas en el campo industrial, a la vez que se los neutralizaba como fuerza política dinámica.

La extrema izquierda trataba de aprovecharse en lo posible de las circunstancias para llevar a cabo una auténtica revolución. La vieja sociedad estaba visiblemente conmocionada, como lo había demostrado la completa falta de resistencia al cambio político. Pero cuando, al cabo de algunas semanas de parálisis, no sucedió nada que tuviera importancia, la clase media y el ala aristocrática del antiguo orden recobraron fuerza y confianza, particularmente al irse dando cuenta de que incluso el primer Gobierno “revolucionario” de Ebert y Haase quería ante todo, orden y estabilidad. El poder militar seguía siendo monopolio de las viejas clases, que pronto tuvieron también realmente en sus manos el poder efectivo en Alemania.

Entre el 30 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919, los espartaquistas, reforzados por otros grupos, constituyeron el Partido Comunista Alemán. Contra el parecer de sus líderes más destacados, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, decidieron boicotear las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente y realizar un levantamiento en Berlín. No tuvieron éxito en sus pretensiones y fracasaron completamente en sus intenciones de sublevar a las masas en Berlín. Liebknecht y Rosa Luxemburg, que se negaron a salir de Berlín para ponerse a salvo, fueron brutalmente asesinados el 15 de enero de 1919.

Cuatro días más tarde era elegida la Asamblea Nacional Constituyente, por vez primera sobre la base del sufragio femenino y la representación proporcional. Las elecciones las ganó la derecha, aunque era numéricamente más débil que la izquierda.

La Asamblea se instaló en Weimar, a una distancia segura del inquieto Berlín. Ebert fue elegido presidente provisional del Reich, y Scheidemann jefe del gobierno. Después de amargos conflictos, el Parlamento aceptó el Tratado de Versalles, votó la nueva Constitución de Weimar, en el verano de 1919.

VI. EL COMINTERN

Un historiador soviético indica de que modo el Comintern infundió a incontables trabajadores de todo el mundo la esperanza en la Revolución. Pero también debilitó la izquierda europea, al dividirla, y en todas partes obstaculizó las relaciones de Rusia con las naciones capitalistas.

De toda la serie de causas que dieron origen a la Internacional Comunista o Comintern, hay dos de especial importancia: la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa del 17 de noviembre de 1917.

No mucho antes, en sus congresos de Stuttgart (1907) de Basilea (1921), los socialistas de Francia, Alemania, Italia y otros países se obligaron solemnemente a luchar contra la guerra, y prometieron también que si el conflicto se producía ellos utilizarían la crisis internacional para atacar a sus respectivos Gobiernos y alterar con sus manejos la organización política y económica del mundo.

Pero cuando el conflicto se presentó realmente, los líderes de los partidos socialistas de Europa se colocaron bajo las banderas de la guerra.

De los grandes partidos de la Segunda Internacional (fundada en 1889), solamente uno, el Bolchevique, mantuvo los principios básicos del marxismo, así como las resoluciones de los Congresos de la Internacional anteriores a la guerra.

Durante el conflicto, los sacrificios humanos, sin precedentes en la historia, y la destrucción de los frutos del arduo trabajo de muchas generaciones, llevaron a una transformación en el estado de ánimo de las clases populares infundiéndoles inquietudes revolucionarias.

Lo mismo que, para las personas de mentalidad progresista, a finales del siglo XVII la Francia revolucionaria era el ideal, así en 1918, para los obreros y los socialistas de izquierda, la Rusia soviética se convirtió en una Meca, un ejemplo a emular.

En enero de 1919 se reunió en Moscú una conferencia en la que participaron los presidentes de los partidos comunistas de Rusia, Hungría, Polonia, Austria, Letonia, Finlandia, Bulgaria, Rumania y el partido de los Trabajadores de Estados Unidos.

En 1919 se establecieron nuevos partidos comunistas en Yugoslavia, Dinamarca, México, Italia y Noruega.

El 19 de julio de 1920, se reunió en Moscú el, se reunió en Moscú el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, con la participación de doscientos diecisiete delegados de treinta y siete países y veintisiete partidos comunistas.

El Congreso consideró con gran atención los problemas de la formación de partidos comunistas. En aquel momento, el ala revolucionaria de la clase obrera se enfrentaba con la tarea de disociarse de los grupos centristas o de derechas. Por eso, el II Congreso adoptó las “21 condiciones” para la admisión a la Internacional Comunista. Entre esas condiciones estaban la aceptación de la necesidad de la dictadura del proletariado, la ruptura con los centristas y reformistas, la subordinación de las facciones parlamentarias comunistas a los comités centrales de los partidos, y la aceptación de las decisiones de la Internacional para todo partido comunista. Los miembros del partido que se opusieran a las “21 condiciones” tenían que ser excluidos de sus filas.

Hoy esas condiciones pueden parecer indebidamente duras. Pero sería un grave error intentar una estimación de aquellas estipulaciones sin recordar que el año de 1920 era un tiempo de feroz lucha de clases. En la Rusia soviética duraba aún la guerra civil. Tropas polacas, equipadas por la Entente, habían ocupado Kiev no mucho antes, y el general Wrangel defendía posiciones fortificadas en Crimea. Tropas japonesas ocupaban todavía Vladivostok y toda la Provincia Marítima.

En Alemania, apenas acababan de terminar las verdaderas batallas en el curso de las cuales las autoridades socialdemócratas habían arrebatado el Ruhr a los obreros con ayuda de cañones y carros blindados. Todo el mundo podía recordar los asesinatos de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht en Berlín, a comienzos de 1919, asesinatos cometidos bajo la protección de los gobiernos socialdemócratas de Ebert y Noske. La separación de tales “socialistas” tenía que ser total e inequívoca.

Las decisiones del II Congreso sobre los movimientos nacionalistas en las colonias fueron muy importantes en su tiempo, y, en parte, son válidas todavía hoy. Plantearon los problemas de la transformación de países subdesarrollados en naciones socialistas y subrayaron la necesidad de eludir la etapa capitalista del desarrollo. El Congreso aconsejó a los comunistas que hiciesen acuerdos temporales, “incluso alianzas con los demócratas burgueses en las colonias y países retrasados”, consejo que más tarde muchas veces olvidado.

Una resolución especial sobre la cuestión agraria analizaba el problema de la relación de los comunistas con los distintos grupos de campesinos; el Congreso examinó también el problema de la transición de las pequeñas propiedades campesinas a la gran propiedad colectiva en los países en que la

clase trabajadora tenía posibilidades de llegar al poder. Una serie de decisiones del Congreso -que respondían al espíritu del libro de Lenin, *Izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo*- trataban de los problemas de la actividad comunista en los sindicatos y de la participación en la lucha parlamentaria.

El II Congreso es uno de los más interesantes e importantes en la historia de la Internacional Comunista. En él se determinaron los principios tácticos, estratégicos y de organización de la joven unión internacional.

Casi un siglo ha transcurrido desde que tuvieron lugar los acontecimientos descritos en este artículo. Los revolucionarios de todos los países, en verdad toda la humanidad, han adquirido gran experiencia, obtenida recientemente como resultado de duras, difíciles y trágicas pruebas. Esa experiencia anima a veces a ciertos historiadores a adoptar el papel de severos jueces. Al hacerlo así pasan por alto la situación histórica y las circunstancias que motivaron la adopción de tales o cuales decisiones.

Además, al analizar las actividades de la Internacional Comunista en los primeros años de su existencia, en el “periodo de Lenin”, hay que conceder el mayor crédito a la gran mayoría de sus miembros, por su desinteresado entusiasmo, su valor y su ardiente fe en la justicia de la causa. Y eso no fue un error: la historia de la Internacional Comunista en 1919-1920 es una de las páginas más brillantes en la historia del movimiento revolucionario mundial.

VII. CONCLUSIÓN

La posguerra prometía grandes cambios en la estructura social y económica de Europa. Fue un periodo de júbilo y libertad sin par, pero este fugaz estallido de alegría se disipó pronto al irse delineando la Gran Depresión.

Es evidente que en los años 20 no tenían cabida los ideales optimistas, racionalistas y liberales propugnados en el siglo XIX. A la par, habían cambiado también la ideología y la moral.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- BRACHER, K.D., *The Age of Ideologies: A History of Political Thought in the 20th Century*, 1984.
- ROBERTS, J.M., *Historia del siglo XX*, University Oxford, 1999.
- ROBERTS, J.M., *Una historia de Europa*, University Oxford, 1996.

- ROBERTS, J.M., *La nueva historia del mundo*, University Oxford, 2003.
- SNEJDAREK, A., *La nouvelle Europe Centrale*, Prague-Orbis, 1986.
- TAYLOR, A.P.J., *The Origins of the second war*, Simon & Schuster, Gran Bretaña, 1995.
- TAYLOR, A.P.J., *The Reichstag*, The University of Chicago, USA, 1976.
- TAYLOR, A.P.J., *The Habsburg Monarchy (1809 – 1918)*, The University of Chicago, 1986.
- VALIANI, L., *Storia del Socialismo del secolo XX*, Aragno, 1960.
- VALIANI, L., *La disosluzione dell’Austria-Ungheria*, Aragno, 1972.
- VELIZ, C., *Centralism, Nationalism and Integration*, Center for Afro-Asian Research of the Hungarian Academy of Sciences, 1969.